B. MARTÍN SÁNCHEZ
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

¿QUEREMOS ARREGLAR EL MUNDO?

¿Por dónde hemos de empezar?

"Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre". (Ecl. 12,13), *en esto está la felicidad de los pueblos.*

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN 84-7770-484-8
Depósito Legal ZA 38, 2000
Imprime: Ediciones Monte Casino
Tel. 980 53 16 07
49080 ZAMORA, 2000

PRESENTACIÓN

Según las estadísticas, el mundo, o sea, nuestro planeta Tierra cuenta con 6.000.000.000 (seis mil millones) de habitantes.

Los católicos somos poco más de mil millones, y los cristianos o conocedores de Jesucristo y de su Evangelio son otros tantos. Los demás, en general, viven como paganos.

Si atendemos al panorama moral de todo el mundo, tenemos que decir que son pocos los cumplidores de los mandamientos de la ley de Dios, y entre nosotros los católicos, ¡cuántos lo son de nombre solamente! Porque, ¿qué vemos? La prensa, la radio, la televisión nos dicen que todos los días hay robos, asesinatos, adulterios, divorcios, etc. Luego estos no viven conforme a ley de Dios.

Ahora, atendiendo a las enseñanzas de Jesucristo y a las de la Iglesia Católica, por ser Él su Fundador y ser también el Salvador del mundo, el ideal sería que todos se convirtieran a Él, por cuanto un día dijo a sus apóstoles: "Id por el mundo entero, predicad el Evangelio a toda criatura, y el que lo creyera y se bautizase, se salvará y el que no creyere, se condenará" (Mc 16,15-16).

Ahora bien, si nosotros católicos, somos verdaderos cumplidores del Evangelio, nuestro deber será predicarlo con el ejemplo y la palabra a cuantos nos rodean, y ser a sí levadura o fermento de toda la masa, es decir, de todos los habitantes del mundo.

¿Qué es, pues, lo que podremos hacer para el arreglo de este mundo, o sea, para que todos vivan conforme a la doctrina enseñada por Jesucristo? El mundo lo empezaremos a arreglar cuando cada uno de nosotros en particular seamos mejores, o sea, católicos de verdad y a su vez apóstoles del bien de los demás, empezando por la formación sólida de los niños, que serían la base de nuevas generaciones.

El trabajo lo distribuyo en dos breves partes:

1ª. ¿Cuál es el panorama moral del mundo?

2ª. ¿Por dónde podemos empezar su arreglo?

Que el Señor ilumine a mis lectores y todos seamos cooperadores en el difícil arreglo de este mundo.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
ZAMORA, 1 ENERO 2000.

PRIMERA PARTE

RETRATO DEL MUNDO ACTUAL

Hoy, podemos aplicar a nuestro tiempo, y de un modo más amplio, el retrato de los males descritos por el profeta Oseas: "*La blasfemia, la mentira, el homicidio, el robo, el adulterio, han inundado la tierra... no hay conocimiento de Dios en el país*" (4,2), y esto es ya muy grave, porque cuando no hay conocimiento de Dios, no hay fe, y sin fe, no hay moral, y si no hay moral, no debe extrañarnos que se derrumbe la sociedad.

¿Qué vemos en el mundo actual? Parece que se va perdiendo la fe y que hay poca piedad, y, en cambio, se multiplican las diversiones completamente profanas: bailes, toros, cines inmorales, saraos... Añádase a esto: crímenes, atentados a la vida y bienes ajenos, actos de violencia, robos, atracos, homicidios, escándolos, rebeliones... Nos da la sensación que el mundo está corrompido y que todo lo desnaturaliza... Ataca a los dogmas sagrados de la religión con sus dudas y negaciones... Corrompe la moral con sus enseñanzas contrarias a la virtud y las costumbres...

Y ¿qué más vemos? Que se desprecia el culto, que los más viven separados de la Iglesia,

pues no dan muestras de fe ni de piedad, se multiplican los divorcios, los adulterios, los engaños... Son muchísimos los hombres que van caminando sin fe, sin religión y sin Dios.

¿Quién no oye por la radio y ve por la prensa o la televisión las muertes, las blasfemias, los atropellos, los insultos, los innumerables actos de violencia y hasta las asechanzas de muerte de unos contra otros?

¿Qué podemos hacer en este panorama tan triste de males que presenciamos? Todo parece estar desquiciado. ¿Tendrá arreglo este mundo? ¿Por dónde empezar su arreglo? Antes de contestar a estas preguntas, nos vamos a fijar en los castigos sociales que presenciamos.

Presenciamos grandes castigos y ¿por qué?

Dios es la suma bondad, y no castiga nada más que el pecado. Si leemos la Biblia, que es la palabra de Dios, reconoceremos la justicia sancionadora de Dios: Pecaron vg. los ángeles, predilectos de Dios, y, no obstante, fueron arrojados a las tinieblas de la lejanía de Dios; y porque la tierra estaba llena de violencia y de maldad, Dios mandó el diluvio universal que los anegó a todos, salvándose solamente con Noé ocho personas con las

que se formó un nuevo pueblo; y porque las ciudades de Sodoma y de Gomorra, pecaron y sus grandes pecados de impureza clamaban al cielo, Dios las destruyó...

Ahora vemos grandes terremotos, inundaciones desoladoras, guerras crueles, y vendrán pestes, y hambres, ya anunciadas en la misma Biblia, y ¿cuál es la causa? ¿Es Dios el que las permite?, y si es Dios, ¿por qué destruye a pueblos como si fueran vasos de alfarero? (Sal. 2,9).

No dudemos que los castigos y calamidades colectivas, que vemos en nuestros días, son debidas a los pecados de los pueblos.

Dios lamenta (diremos a nuestro modo de hablar humano) los terribles sufrimientos que esperan hoy al mundo, y la razón no es otra, porque se apartan de los mandamientos de Dios.

Las palabras que pronunció el Señor el domingo de Ramos a la vista de la ciudad de Jerusalén contemplándola desde el monte de los Olivos, nos obliga a pensar en las grandes calamidades, que son también los grandes castigos colectivos.

Son varias las veces que Jesucristo manifestó su dolor por la ruina de Jerusalén, su patria temporal, pues después de haber hecho ya tantos

milagros y derramado sobre ella y pueblos circunvecinos su doctrina tan excelsa, al ver que sus habitantes seguían tan endurecidos en la maldad, y que a su vez planeaban ya su muerte, al que crucificaran en el Calvario, (por lo que pasaría a ser Jerusalén, la ciudad deicida), pronunció sobre ella tremendas palabras.

Palabras de Jesucristo sobre Jerusalén

Estas palabras de Jesucristo nos revelan su culpabilidad. He aquí cómo nos las refieren los evangelistas:

"*Así que estuvo cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella diciendo: ¡Si tú al menos en este día conocieras lo que hace a la paz tuya! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque días vendrán sobre ti, y te rodearán de trincheras tus enemigos, y te cercarán y te estrecharán por todas partes, y te abatirán al suelo a ti y a los hijos que tienes dentro, y no dejarán en ti piedra sobre piedra por no haber conocido el tiempo de tu visitación*" (Lc 19,41-44).

Al día siguiente, lunes santo, en los patios del templo, al terminar el largo sermón contra los judíos y fariseos, añadió:

"*Para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la*

sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo que todo esto vendrá sobre esta generación".

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los hijos que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, a la manera que la gallina reúne a sus polluelos y no quisiste" (Mt. 23,35-38).

Y el martes santo, saliendo Jesús del templo, se le acercaron sus discípulos y le mostraron las construcciones del templo. Él les dijo:

"¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra. Todo será destruido" (Mt. 24,1-2).

Jesucristo lloró un gran pecado colectivo: la infidelidad de un pueblo amado. La profecía se cumplió. Los ejércitos romanos entraron en Jerusalén, la que sitiaron, murieron miles de judíos, siendo muchísimos crucificados, y como nota Flavio Josefo, historiador judío y contemporáneo del mismo Jesucristo, de tal manera que ya no había madera para hacer más cruces y seguir crucificándolos, el templo fue incendiado y ni quedó en él piedra sobre piedra, según la profecía dicha. Hoy sólo queda de aquel magnífico templo la

explanada, que mide 400 metros de larga por 350 de ancha y se aprecian algunas grandes piedras de aquel templo en su derredor.

¿Permite Dios las inundaciones y los terremotos?

Muchos dicen que las inundaciones y terremotos son obra de la naturaleza; mas como el autor de la naturaleza es Dios, Él pues, es el que los permite. Como Dios nos habla por medio de los profetas, y uno de ellos, Amós, al decirnos que Dios es el que hace que llueva en unas ciudades y no en otras, deducimos claramente que Él es el que hace también, que aparezcan inundaciones y terremotos en unos u otros lugares.

Un día habló Dios por este profeta Amós al pueblo y le dijo que dejaran los caminos de la violencia y de la inmoralidad y se convirtieran a Él, y como seguían impenitentes, después de advertirles que vendrían castigos sobre ellos, al no hacer caso a los avisos que por su medio les daba Dios, llegó el momento que vino sobre ellos: escasez de alimentos, grandes sequías... y ¿qué sucedió? He aquí lo que Dios les dijo por el profeta: "*En todas vuestras ciudades os he hecho estar a diente limpio y a falta de pan en todos vuestros lugares, y con*

todo no os habéis convertido a mí, dice Yahvé. Yo detuve asimismo las lluvias cuando faltaban tres meses para la siega, hice que lloviese sobre una ciudad, y que no lloviese sobre otra; una parte del campo tuvo lluvia y la otra quedó sin lluvia y se secó. Iban dos o tres ciudades a otra ciudad para beber agua, sin poder saciarse, pero no os habéis convertido a Mí, dice el Señor".

Os herí con tizón y con anublo; la langosta devoró multitud de vuestros huertos y de vuestras viñas, de vuestras higueras y de vuestros olivos, y con todo no os habéis convertido a Mí, dice el Señor (Amós 4,6-9).

Dios probó con diversas adversidades a su pueblo, y era para hacerle volver al buen camino, cumpliendo sus santos mandamientos, pero todo fue en vano... Les envió la sequía y el hambre y los moradores de una ciudad tenían que ir a otra en busca de agua... y por fin lo sometió a la terrible prueba de la guerra y aun les envió terremotos (1,1).

Todo fue en vano y le seguiría sometiendo a nuevos castigos, pero sin dejar de invitarles de nuevo a la conversión, diciéndoles: "Buscad a Yahvé y viviréis".

Cuando estamos ahora en nuestro tiempo

viendo parecidos castigos, pensemos en la culpa que los pueblos castigados y también nosotros, podríamos tener por nuestros pecados, o sea, por el incumplimiento de los mandamientos de la ley de Dios.

¿Por qué no llueve?

La respuesta a esta pregunta ya la acabamos de dar. Pero sigamos reflexionando, y reconozcamos lo que sucede en tiempos de sequía. Cuando los campos languidecen y las fuentes se secan, muchos se quejan y se hacen esta pregunta: "¿Por qué no llueve? ¿De quién es la culpa? A tales preguntas responderemos con palabras del profeta Ageo, las que nos son aplicables a nosotros en los casos de sequía:

"*Así dice Yahvé de los ejércitos. Reflexionad sobre vuestro proceder. Habéis sembrado mucho y recogido poco; coméis y no os hartáis, bebéis y no apagáis la sed; os vestís y no os calentáis; el que gana salario, como si lo echara en saco roto...*

"*Esperabais, y he aquí que cosechasteis poco... Por vuestra culpa el cielo retiene el rocío y la tierra no da su fruto. Pues llamé la sequía sobre la tierra, sobre los montes y sobre el trigo, sobre el mosto y sobre el aceite, sobre cuanto produce la tie-*

rra; sobre los hombres y sobre las bestias y sobre toda labor de manos" (1,5-11).

Cuando nos sobrevengan castigos parecidos, ya sabemos que de Dios no es la culpa, sino de nosotros, porque no se cumple su santa Ley, porque no se santifican las fiestas y no se da a Dios el culto debido... Cuando Israel sufrió grandes castigos y le amenazó con el cautiverio, dice el profeta Jeremías: "*Y si dices en tu corazón: ¿Por qué viene sobre mí esto? Por la muchedumbre de tus pecados"* (13,32).

(Leed los capítulos 26 del Levítico y el 28 del Deuteronomio y se verán los grandes bienes que vienen sobre los cumplidores de la ley de Dios)

En consecuencia: Si queremos que todas las cosas nos salgan bien y Dios aparte de nosotros la sequía y otros castigos, guardemos sus santos mandamientos.

¿Por qué me toca a mí sufrir siendo inocente?

Todos tenemos algunos fallos por lo que nos toca sufrir; pero si tú que esto dices, eres inocente, la Escritura santa pone en labios del Señor estas palabras:"*Yo reprendo y castigo a aquellos a quie-*

nes amo" (Apoc. 3,19). Jesucristo prueba a los suyos, para aumentar sus méritos, para mayor manifestación de la acción de Dios, como lo ha hecho con varios santos. Y el Eclesiástico dice: "*El horno prueba los vasos del alfarero, y el alcance de la tribulación a los hombres justos"* (27,6).

Dios ejercita a sus servidores con pruebas y persecuciones diversas para elevarlos al honor de la virtud y de la gloria... Mortifica y vivifica; hiere para corregir. "Toda la severidad de Dios, dice San Ambrosio, tiene por fin castigar los pecados de los suyos con pruebas, conservar su alma, destruir sus vicios y hacer crecer en su corazón las virtudes más perfectas" (Epist.)

Nada sucede al fiel sin la presciencia y la voluntad de Dios; y su voluntad consiste en corregirle de sus defectos o en fortificarle en la virtud y en la paciencia, para aumentar su corona en el cielo. Así es como permitió que el justo Abel muriese a manos de su impío hermano; así es como probó a Abraham, ordenándole que sacrificase a su hijo Isaac; así es como probó a José permitiendo que fuese vendido por sus hermanos; que Moisés y su pueblo fuesen oprimidos por la tiranía del Faraón; que David fuese perseguido por el odio de Saúl; que la casta Susana estuviese

expuesta a la odiosa calumnia de los infames ancianos; que Jeremías fuese encarcelado; que Daniel fuese arrojado en la cueva de los leones, etc.

"Nuestros padres, dice Judit, han sido sometidos a la tentación como a una prueba, a fin de que constase si era sincero o no su culto a Dios".

Las pruebas nos enseñan a desprendernos de la nada de este mundo, y a aficionarnos a los únicos bienes verdaderos...

El salmista proclama esta verdad: "*Grandes tribulaciones están reservadas a los justos; pero el Señor los libra de todos los males*" (33,20). "*Porque eras acepto a Dios, fue necesario que la tentación te probase*" (Tob. 12,14). Y en medio de las tribulaciones debemos alegrarnos, porque por "*muchas hemos de entrar en el reino de los cielos*» (Hech. 14,21), Además, "*Los padecimientos de esta vida no son nada en comparación de la gloria que nos espera*" (Rom. 8,18).

¿Cómo evitar los castigos?

Como la causa de todos los castigos es el pecado, todo está en evitarlo, y ¿qué es el pecado? "*Pecado es la transgresión de la ley de Dios*" (1Jn. 3,4), o sea, el quebrantar sus mandamientos, y como a través de ellos se manifiesta la voluntad

de Dios, hemos de procurar hacer siempre lo que es de su agrado.

La felicidad temporal de los individuos y de los pueblos está en cumplir esta voluntad de Dios. Y no sólo está en ellos la felicidad temporal, sino también la eterna. Pues el joven que preguntó a Jesús ¿qué tengo que hacer para lograr la vida eterna? le contestó: "*Si quieres entrar en la vida eterna guarda los mandamientos*" (Mt.19,17).

Y por medio de Moisés dijo Dios al pueblo de Israel: *¡Ojalá cumplieseis mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos!* (Dt.5,29).

Si se cumpliesen los mandamientos de Dios, este mundo sería cambiado en un paraíso. Dios repite a cada paso en los libros santos (sobre todo en los libros citados, cap. 26 del Levítico y el 28 del Deuteronomio) *"Si guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra, yo mandaré las lluvias a su tiempo, la tierra dará su fruto y daré paz a la tierra; pero, si no me escucháis y no ponéis por obra mis mandamientos y los menospreciáis... serán vanas vuestras fatigas, pues no os dará la tierra sus productos...* (Lev .26,3ss)...

Si se cumpliesen los mandamientos de Dios, no habría cárceles, porque no se cometerían crímenes, no se robaría, ni se blasfemaría, no habría drogadictos, ni se cometerían adulterios, etc.

Si todas las naciones tuviesen en su Constitución como ley suprema el cumplimiento de los mandamientos de Dios, este mundo, que va en la actualidad a la deriva, lo convertirían en un verdadero paraíso en el que reinarían la tranquilidad absoluta y la paz.

Estos ejemplos con que termino esta primera parte son elocuentes:

-El explorador Standley refiere que en el corazón de África tuvo ocasión de dar a conocer el Decálogo a un rey de una tribu indígena. El rey, al oírlo le dijo: "Quédate aquí y enseña esta gran oración también a mi pueblo; si los muchos miles de mis súbditos conocen esta oración, yo seré el primer rey del mundo".

-Fue Cervera el gran almirante que cerró heroicamente la denominación de España en América. Algunos años más tarde moría aquel anciano almirante.

Le rodearon en el lecho sus muchos hijos, no menos valientes y católicos que él. En aquella hora, cuando se despedía y quería dejar algún recuerdo a la posteridad, dijo estas palabras:

Hijos míos, ante todo guardar los mandamientos de la ley de Dios. El pueblo que guardara estos mandamientos sería el pueblo más feliz de la tierra. Esta es la mejor herencia que los padres deben dar a sus hijos.

SEGUNDA PARTE

¿QUEREMOS ARREGLAR EL MUNDO?

¿Por dónde hemos de empezar?

Para edificar una casa hemos de empezar por los cimientos, y los cimientos de la sociedad actual en que vivimos, para ser sólida y poderla sostener, es necesaria una educación cristiana a fondo, educación que debe apoyarse en la moral católica, que es la que nos imponen los mandamientos de la ley de Dios, que son el fundamento de esta moral, porque es la que se apoya en Dios y en los dogmas revelados por Él, y al no apoyarse en ellos, se va desmoronado.

Si estos los cumpliésemos, como hemos dicho, este mundo se convertiría en paraíso, porque ya no habría pecados, que son los que están perturbando la sociedad, ni habría cárceles, ni castigos, como los que estamos presenciando.

La solución del arreglo de este mundo está en empezar por la formación de los niños, hombres del mañana; pero antes de hablar ellos, pongamos de nuevo ante nuestra vista, algunos rasgos del mundo actual, para ver qué podríamos hacer para su reforma.

¿Qué vemos en la sociedad actual? En ella hay hombres ateos, que viven como si Dios no existiera, hombres indiferentes en religión, infieles que nunca tuvieron fe, incrédulos que la rechazaron después de abrazarla, hombres, que por mala educación, por ignorancia, por pasión, por espíritu de partido, odian a la religión. A algunos la idea de Dios les llena de furor, la vista de un creyente les exaspera... Reclaman para ellos la libertad de blasfemar y niegan a otros la libertad de orar. No entran en la Iglesia, y si pudieran, impedirían que otros entrasen en ella.

Además de esto tenemos que decir que hay católicos que no conocen bien su religión, porque ¿qué es lo que saben de ella, si no la practican? El cristianismo les es casi desconocido. Los más, en muchos pueblos y ciudades no oyen misa, y difícilmente podrían dar cuenta de su fe, si es que todavía les queda un resto de ella.

Finalmente, muchos hombres instruidos no tienen más que ciencia religiosa muy rudimentaria... Son industriales, hombres inteligentes, médicos hábiles, hombres de negocios..., pero católicos muy incompletos, su fe no es sólida, porque no es ilustrada. No la conocen suficientemente para poder defenderla. ¡Cuántos católicos de nombre!

Es difícil darles una verdadera instrucción de las verdades reveladas por Dios, y algunas de ellas de necesidad de medio para salvarse...

¿Qué debemos hacer con estos hombres que son nuestros vecinos y acaso nuestros amigos y parientes? No despreciarlos. Los enemigos de nuestra fe engañan, son más bien desgraciados, pero son hermanos nuestros... No caigamos en la tentación del menosprecio.

El desprecio no sirve para nada, es un signo de debilidad, no es un signo de fuerza... Debemos poner nuestra bondad al servicio de la verdad.

"Dios es paciente, porque es eterno; nosotros, los hombres somos impacientes porque no vivimos más que un día".

Somos católicos, pues tengamos conciencia de la verdad que profesamos y del derecho que nos asiste. Estemos sobre aviso ante el indiferentismo religioso que nos rodea, pues según se va viviendo en nuestras ciudades con tantas diversiones profanas, estamos expuestos a ser invadidos por el "paganismo", esto es, que los cristianos se cambien en paganos...

Nuestra fe tiene enemigos. Esto debe ser porque es santa. Para hacer apostolado del bien, debemos poner al servicio de nuestra causa reli-

giosa el Evangelio, la palabra de Dios, nuestro buen ejemplo y la elocuencia de nuestras virtudes. No es fácil convertir a los hombres de hoy, como es difícil enderezar al árbol que ha crecido ya torcido; por eso nuestro verdadero apostolado, para cambiar la sociedad moderna, tan llena de vicios, y así se vaya renovando, hay que empezar por los niños.

Los niños... hombres del mañana

"En cualquier cuna en que se acueste un niño, bien esté construida con preciosos metales, adornada con finos encajes y cubierta con ricos damascos, bien sea improvisada con sencillas tablas, desprovista de todo adorno, allí hay un futuro hombre bueno o un perverso; y, en ocasiones allí está el porvenir de un pueblo o el azote de la humanidad" (Delgado Campeans).

El niño se puede modelar fácilmente, porque de niño no siente odio, ni envidia... cree con facilidad cuanto se le dice. Tal es su disposición. Alrededor del niño hay buenos y malos sembradores de ideas. Lo propio es encauzarlo hacia Dios, que es su último fin.

"Siempre se ve que es más fácil inclinar y encaminar el arroyo cuando está pequeño por

junto a su nacimiento, que después, cuando va más crecido y se ha juntado con otros ríos; y un roble o encina, cuando chicos, fácilmente se arrancan de cuajo, pero cuando han crecido, aun para cortarlos hay dificultad" (Hernado de Santiago).

Los jóvenes y los hombres en el ambiente que se vive, si van por malos caminos es difícil moldearlos. Para reformar la sociedad no hay más remedio que empezar por los niños y hay que educarles bien ya desde pequeñitos, porque "los destinos de un pueblo se ligan con la educación de la primera edad; el porvenir de la sociedad depende principalmente de la buena educación de los hijos" (Gibier).

El niño es una planta delicada, que requiere mucho cuidado para que no se vea pervertido, que es lo que intentan hoy muchos enemigos de la religión. El niño, a la vez que crece en edad, se debe procurar que crezca en virtud.

¿A quién pertenece la educación? Como dijo Pío XI, la educación que abarca a todo el hombre, individual y socialmente, pertenece a estas tres sociedades necesarias: la familia, la Iglesia y el Estado.

Como el niño es de los padres, a estos pertenece el primer derecho de educarle. "La perso-

na y la familia, como dijo Pío XII, son por naturaleza anteriores al Estado". De aquí que sea falso que la prole pertenezca antes al Estado que a la familia, y gran error afirmar que los derechos de los padres sobre la educación de los hijos se derive de la ley civil.

Hacen falta buenas madres

Recordemos la conversación que un día tuvo Napoleón con la señora Campagn sobre la educación. Napoleón acabó por afirmar que todos los antiguos sistemas de educación no tenían valor alguno.

La señora Campagn no le interrumpió, y el emperador añadió satisfecho de triunfo: ¿Qué falta hoy en Francia para que las jóvenes puedan salir bien educadas? –Una sola cosa, respondió ella con viveza: Faltan madres.

A esta pregunta inesperada como profunda, respondió Napoleón: Tenéis razón, he ahí todo un sistema de educación: formar madres que eduquen bien a sus hijos, para que estos sean grandes sabios y los prohombres del mañana.

No hay que dudar que el papel de la madre en la educación es básica y a veces insustituible. La madre es la primera escuela, la primera cate-

quista, la primera educadora y el ángel custodio de sus hijos. Si éstos desde el principio tuvieron derecho a nacer, desde el nacimiento tienen derecho a su formación... Y si la norma suprema de la educación es que los niños lleguen a servir conscientemente a Dios, tienen también ellos el derecho de recibir una sólida educación religiosa. De este derecho nace el deber de los padres.

Juan Pablo II ha dicho: "El hogar debería ser la primera escuela de religión, como también la primera escuela de oración... En el hogar comienza la evangelización, en el hogar surgen las vocaciones y se desarrollan". Según va creciendo el niño, deber de la madre es sembrar creencias y virtudes.

En las crisis del nacimiento, antes de la pubertad, principalmente desde los dos años y medio de edad hasta los seis o siete es vivo el interés de los niños por los temas religiosos. Les causa impresión profunda la idea de un ser superior, que todo lo ve y todo lo puede; les interesa los relatos de la Historia Sagrada: la creación del mundo, de nuestros primeros padres: Adán y Eva... la historia de Caín y Abel, etc... Las lecciones de nuestras madres son las que dan fuerza a opiniones morales y religiosas durante el curso de la vida... Un

refrán dice: "Lo que se aprende con la leche en los labios, no se olvida con los años"...

Al pasar de los siete años, los niños deben ser vigilados por los padres, evitar que se junten con otros que sean mal hablados... Desde el final de la niñez hasta la formación completa es una época peligrosa...

La vida doméstica hay que llenarla de contenido religioso. En los niños hay que sembrar ideas buenas aunque no las entiendan. Los años se encargarán en descifrarlas en su entendimiento y de hacerlas florecer en el corazón... También vale mucho orar en familia con la participación de los hijos, aun antes de que éstos obren con plena conciencia, enseñarles las primeras oraciones: el Padrenuestro, el Avemaría, etc. y de mayorcitos llevarlos al templo a la misa, a confesarse algunas veces... y así vayan conociendo el valor de la gracia santificante.

La mejor educación es el buen ejemplo. Si un niño ve que sus padres rezan, van a Misa, que hay un ambiente religioso y no se oyen blasfemias o palabras feas... todo se le va grabando, y contribuye a su buena formación.

El Cardenal Mindszenty decía una vez: "¡Con qué alegría me acuerdo todavía de los días

de mi niñez! Nosotros, los tres hermanos, rezábamos con nuestra madre el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo, los diez mandamientos y los cinco de la Iglesia. Ayunábamos antes de ir aún a la escuela el Miércoles Santo... Nuestra madre fue nuestra primera catequista. Nos introducía en las diversas ceremonias del año eclesiástico. Sin notarlo siquiera nosotros, íbamos haciendo acopio de un gran tesoro de conocimientos religiosos".

Todos quisiéramos arreglar el mundo de hoy, cambiar nuestra sociedad ya que vemos que va a la deriva por caminos del mal... y debemos tener presente que hay que empezarla a arreglar por la base, por una nueva generación de niños bien formados, que con su ejemplo vayan arrastrando a cuantos los rodean por el camino del bien, pues ellos son los hombres del mañana.

¿En qué se debe apoyar la verdadera educación?

La verdadera educación se apoya en la moral cristiana. Hoy hacen falta buenos educadores, y si no se apoyan en esta educación, que es la que debe impartir a los niños, no harán otra cosa que apartarlos del recto camino del bien.

Nuestra moral se remonta hasta Dios, hasta la verdad eterna. El hombre tiene además del

alma espiritual un cuerpo animal, que va en busca de placeres sensuales, mas el buscar la felicidad suprema de nuestra vida en satisfacciones sensuales, equivale a desconocer el verdadero fin del hombre.

A los jóvenes, a la edad de la pubertad, sobre todo de los 12 a 14 años, se les puede advertir que llegará un momento en que sientan el instinto de las pasiones de la carne, malas inclinaciones, pensamientos feos o deshonestos, y conviene decirlos que deben desecharlos de la mente, pues no queriéndolos o no consintiéndolos no son pecado...

Los educadores deben tener presente que la educación sexual debe darse solamente cuando la naturaleza pida estos conocimientos, y, por lo mismo, ésta, en general, debiera omitirse en el niño, porque en sí no sirve más que para prender en él prematuramente una curiosidad que no tiene a sus años, y forzar las cosas es, sin duda, absurdo y reprobable.

En los jóvenes –llegada la edad de la pubertad– está bien esta educación siempre que sea, como dice el Concilio Vaticano II, *positiva y prudente,* o sea, discreta y oportuna, y a su vez sin forzamiento de imágenes que turban la mente de los

chicos. ¡Cuántos de los que estaban con ideas muy lejanas de los misterios de la vida, les han sido contraproducentes ciertas lecciones de sexualidad y les han causado enormes daños!

Si hoy en vez de dar una enseñanza sobre esta materia, de una manera descarnada e inmoral a base de revistas o de libelos con caricaturas pornográficas, se hablase a los niños y a los jóvenes del modo de vivir la castidad con entusiasmo y de la belleza de la virginidad, no hay duda que se obtendrían excelentes resultados.

La alegría nace de corazones puros, y cuando vemos a la juventud, llegados los años de la pubertad, que se halla triste, desobediente a los padres y malhumorados... ¿qué remedios se le debe proponer entonces para vencer las pasiones y recuperar la alegría perdida? El mejor remedio sería la confesión frecuente y abrir el corazón a un confesor prudente y fortificar la voluntad, pues tenemos que reconocer que para vencer las exigencias desordenadas del cuerpo es menester lograrlo a fuerza de mucha lucha. Dios nos pide que seamos castos y con su gracia lo seremos. Y si vivimos en gracia, viviremos con alegría y contribuiremos a formar un ambiente moral y más hermoso.

Reflexiones sobre los siguientes ejemplos

Algunos he repetido en otros libros, pero el recordarlos y meditar nuevamente sobre ellos nos animarán a poner los medios para ser castos.

1

San Doroteo, monje de Egipto (siglo VI), se encontraba en un bosque de cipreses con sus discípulos. Queriéndoles dar una lección, mandó a uno de ellos, que arrancase un arbolito apenas salido de la tierra, y aquel, sin fatiga, con una mano lo arrancó. Después le mandó que arrancase otro un poquitín mayor; y lo hizo con un poco más de esfuerzo y con dos manos. Al fin lo mandó que arrancase un árbol ya robusto, mas el esfuerzo de todos los discípulos juntos era incapaz de removerlo.

Entonces el santo anciano dijo: "Así son las pasiones; cuando apuntan en el corazón de los jóvenes y son débiles, es fácil extirparlas; pero si se las deja crecer con los años, ¡ay!, es muy difícil. Por eso dice Kempis: "Al principio atajar el mal procura, si llega a echar raíces tarde se cura".

2

San Felipe Neri libró de este modo de la deshonestidad a un joven, que se hallaba ya hacía mucho tiempo engolfado en ella: le ordenó que cada vez que cayese, al momento fuese a confesarse y a comulgar.

El joven obedeció; cada vez que caía en el pecado iba a confesarse y a comulgar, y en poco tiempo se encontró enmendado. La comunión bien hecha: he aquí el trigo de los elegidos y el vino que produce almas puras" (Zac. 9,17).

3

Un día fue a visitar a don Bosco un ministro inglés que era protestante. Maravillado este del orden que brillaba en todos y en todas partes, le preguntó: ¿Cómo es posible conseguir tanto orden y silencio entre tantos jovenzuelos y tan vivarachos, alegres e inquietos? ¿Tiene la amabilidad de decírmelo?

–Excelencia, le respondió don Bosco: el resorte que utilizo es un resorte exclusivo de los católicos, y no es otro que la confesión y la comunión frecuentes.

–Pero ¿no será posible encontrar un sustitutivo?

–¡Ah, no, en modo alguno! De no usar este procedimiento religioso, no hay más remedio que echar mano al bastón.

–Entonces, una de dos: religión o bastón, ¿eh? Ni mas ni menos: o religión o bastón.

–Padres cristianos escuchadme, pues, y ya que el bastón o no se quiere o no se puede siempre usar, practicad el consejo de san Juan Bosco y comenzad por dar a vuestros hijos, para conseguirlo, la lección insustituible del buen ejemplo.

ÍNDICE

-Presentación 3

Primera parte

-Retrato de este mundo 5
-¿Presenciamos grandes castigos?¿Por qué?. 6
-Palabras de Jesucristo sobre Jerusalén ... 8
-¿Permite Dios las inundaciones y los terremotos? 10
-Por qué no llueve? 12
-¿Por qué me toca a mí seguir siendo inocente 13
-¿Cómo evitar los castigos? 15

Segunda parte

-¿Queremos arreglar el mundo? 18
-¿Por dónde hemos de empezar? 18
-Los niños, hombres del mañana 21
-Hacen falta buenas madres 23
-¿En que se debe apoyar la verdadera educación? 26
-Reflexionemos sobre los siguientes ejemplos 29